



NACIDA EN ESTADOS UNIDOS, LA NOVELA POLICIACA SE HA EXTENDIDO POR TODO EL MUNDO AL COMPÁS DE UN SISTEMA GLOBAL QUE ACENTÚA LAS INJUSTICIAS. EL GÉNERO NEGRO ES HOY LA MEJOR FORMA DE CONTAR LA REALIDAD.

Novela negra, capitalismo salvaje



Por JAVIER VALENZUELA
Periodista y escritor. Tras trabajar 30 años en El País como corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y ser director adjunto de ese diario, fue el primer director de tintaLibre. Autor de ocho libros periodísticos, entre ellos *Usted puede ser tuitiano* y *Crónicas quinquis, Tangerina* (Martínez Roca, 2015) es su novela obra publicada y su primera novela.
@cibermonfi

El crimen es el lado oscuro de la lucha por el dinero... si es que hay un lado luminoso. Esta idea está escrita en el frontispicio de la novela negra desde que la fundaran Dashiell Hammet, Raymond Chandler, Horace McCoy y otros autores norteamericanos. Hablo, claro está, del verdadero dinero, no de la calderilla que usted y yo ganamos con el sudor de nuestra frente. Hablo del dinero que se cuenta en cientos de miles, en millones de dólares o euros.

Meyer Lansky, el contable de la Mafia, solía decir que la diferencia entre un delincuente millonario y un respetable empresario es “sólo una cuestión de tiempo”. Así lo formuló ante los capos reunidos en La Habana que se quejaban del acoso policial y mediático: “No os preocupéis. Mirad a los Astor, los Vanderbilt y toda esa gente de la alta sociedad. Fueron los peores ladrones... ¡y miradlos ahora! Es sólo una cuestión de tiempo”.

El género negro (*hard boiled*) nació en los Estados Unidos de la Ley Seca y la Gran Depresión. Estados Unidos perdió entonces su inocencia virginal —James Ellroy cree que nunca la tuvo— y descubrió que se había convertido

en una jungla de asfalto. En esa jungla, como en la vegetal, imperaba la ley del más fuerte, la del que tenía un revólver o, mejor aún, dinero para pagar al del revólver (y también al policía, al juez, al alcalde y al gobernador). Hammet sacó al crimen de la vicaría pueblerina donde lo había encerrado Agatha Christie y lo situó en el callejón maloliente y tenebroso de la gran ciudad. Inventó así la nueva etapa de la gran novela realista del siglo XIX, cimentó el mejor relato del capitalismo salvaje contemporáneo. Lo pagaría años después con la cárcel, acusado de comunista.

El género negro ya no es patrimonio exclusivo de los norteamericanos. Cuenta hoy con estupendos autores en Argentina, Francia, Sudáfrica, Grecia, Escandinavia, España, Italia... y hasta en China y los países árabes. Se ha globalizado a la par que el capitalismo salvaje.

La novela negra está contando el siglo XXI mejor que nadie, de ahí su popularidad. Al comienzo de esta crisis, el brasileño Lula denunció el “casino global” en que había terminado por convertirse el capitalismo. Aludía a Wall Street, la City y antros de cuello blanco semejantes. Llevamos ya unos cuantos años de crisis y esa gente nos ha hecho pagar a los demás la factura del desgajado que provocaron. Además, ganan más y mandan más.

¿Dónde sitúa el capitalismo la frontera entre la necesidad y la avaricia, entre el beneficio y el saqueo, entre lo legal y lo criminal? Imposible de saber. Esa frontera es tornadiza y tan delgada como el papel de fumar... siempre y cuando hables de millones.

Dennis Lehane cuenta muy bien en *La entrega* la angustiosa sensación de inseguridad que transmite el modelo triunfante de capitalismo. “A Bob”, escribe, “le parecía que cada centímetro del mundo estaba cubierto de arenas movedizas. No había nada a lo que agarrarse. No había un lugar seguro donde poner los pies”.

Todos vivimos ahora en una ciudad norteamericana llamada Las Vegas. Tú pones la calderilla conseguida con el sudor de tu frente; alguno como tú gana, de vez en cuando, unos miles de dólares y el casino se embolsa millones cada día.

La literatura y el cine negro han producido grandes obras sobre Las Vegas. *Casino*, de Martin Scorsese, es de las mejores. De Niro interpreta a Sam Rothstein, el director del casino Tangiers que da clases magistrales sobre el capitalismo: “¿Qué pintamos en medio de un desierto? La única razón es el dinero. Ese es el resultado final de las luces de neón y las ofertas de las agencias de viajes, de todo el champán, de las *suites* de hotel gratis, de las fulanas y el alcohol. Todo está organizado >>>

» tan sólo para que nosotros nos llevemos su dinero. Somos los únicos que ganamos, los jugadores no tienen ninguna posibilidad". En otro momento, Rothstein confiesa: "El desierto me parecía un lugar inquietante, no podías saber quién estaba enterrado allí". El desierto del capitalismo de casino está sembrado de cadáveres: los nuestros.

El negocio de aquel mago de Wall Street apellidado Maddof no era sino una clásica pirámide de Ponzi, el pariente finolis de los timos del tocomocho y la estampita. Como lo eran los productos financieros basados en hipotecas basura de Lehman Brothers. Y también esa burbuja inmobiliaria que Rato presentaba como el "milagro económico" español.

Todo más falso que el beso de Judas. Se compra con dinero ajeno; lo comprado se sobrevolara vertiginosamente, y se vende enseguida con sabrosas ganancias. Detrás no hay nada, apenas sueños y ambiciones, compadreo y caradura, ladrillo como mucho.

En China pasa ahora lo mismo que pasó en España. Lo cuenta Qiu Xiaolong en *El enigma de China*. Shanghai está entregado en cuerpo y alma a la especulación

inmobiliaria, fuente de fulgurantes ganancias millonarias para los políticos que recalifican terrenos públicos y para los constructores privados

bandera blanca ante el capitalismo salvaje. La rendición llenó unos cuantos bolsillos (cuentas bancarias en paraísos fiscales, en realidad).

A los más pobres, los del Sur, nos tocó la peor parte. Petros Márkaris lleva unas cuantas novelas contando las penalidades de Grecia. El comisario Jaritos está en el salón de su casa y ve pasar por la ventana al vecino de arriba que acaba de arrojarse al vacío porque le han quitado la pensión. Sale disparado hacia la escena de un crimen y se queda atascado por una manifestación de indignados en la plaza Syntagma. Jaritos no es un rojo, pero, cuando tuvo que renovar su coche, prefirió comprarse un Seat en vez de uno alemán. Lo hizo por solidaridad con los españoles.

La brutalidad policial vuelve a ser el pan nuestro de cada día. Contra manifestantes indignados, contra inmigrantes ilegales, contra minorías raciales. La policía ha vuelto a recibir el privilegio de la impunidad en el abuso de la fuerza. La detención arbitraria, la saña de los antidisturbios, los malos tratos en comisarías y hasta el homicidio por violencia excesiva se saldan con absoluciones o indultos. Gobiernos y parte de la ciudadanía lo justifican en la ideología del miedo impuesta tras el 11 de septiembre.

El comisario Jaritos ve pasar por la ventana de su casa al vecino de arriba que acaba de lanzarse al vacío porque le quitan la pensión

dounidense cuyos maestros son James Ellroy, Elmore Leonard y Cormac McCarthy. Antes, había sido un detective privado de Nueva York que leía a Hammett y Chandler.

¿Quiere usted indagar en la guerra de los servicios de inteligencia occidentales contra los yihadistas? Lea *El hombre más buscado* y *Una verdad delicada*, del viejo, y en plena forma, John Le Carré; igual resulta que los métodos de unos y otros no son tan distintos. ¿Le gustaría conocer lo que Suecia no cuenta de sí misma? Para eso está la trilogía de Stieg Larsson. ¿Le interesa el tráfico de cuernos de rinoceronte? Ahí está el sudafricano Deon Meyer. Walter Mosley puede ponerle en la piel de un negro en Los Ángeles, y Karim Miské (*Arab jazz*), en la de un inmigrante magrebí en París. Todos ellos lo harán de forma mucho más auténtica y entretenida que su periódico de toda la vida. Quizá a usted le preocupa lo que le ha pasado a su periódico, por qué le resulta cada día más decepcionante. Bueno, nunca fue tan independiente como usted lo imaginaba. En *El largo adiós*, de Chandler, el reportero

LA BRUTALIDAD POLICIAL VUELVE A SER EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA. CONTRA MANIFESTANTES INDIGNADOS, CONTRA MINORÍAS RACIALES. LA POLICÍA HA VUELTO A RECIBIR EL PRIVILEGIO DE LA IMPUNIDAD EN EL ABUSO DE LA FUERZA.



que allí levantan rascacielos y urbanizaciones. Nada nuevo bajo el sol.

La verdad de las novelas negras es más auténtica y profunda que lo que dicen los viejos medios de comunicación. La novela negra detesta los pelos en la lengua y las verdades a medias. Llama pan al pan y vino al vino.

"El fútbol y el dinero van de la mano", escribe Philip Kerr en *Mercado de invierno*. Lea esta novela y se enterará de cómo y por qué se levantan los grandes estadios y de los tratos que ello implica con ayuntamientos y constructoras. De cómo se gestan los fichajes millonarios, y de las sabrosas comisiones que van subiendo el precio del jugador hasta cifras disparatadas. De los golpes bajos por los derechos de retransmisión televisiva. De los sobornos que cuesta llevarse la sede de un Mundial, y por qué uno se celebrará en Qatar.

A los europeos nos han engañado aún más que a los americanos. Nos dijeron que estábamos protegidos por el Estado de bienestar alumbrado tras la II Guerra Mundial. Eso justificaba las renuncias a la soberanía y los altos impuestos pagados por las clases populares y medias. A la hora de la verdad, Europa izó la

Hace unas semanas, durante los disturbios de Baltimore, David Simon, creador de *The Wire*, denunció la carta blanca concedida a la policía en esa ciudad so pretexto de lucha contra las drogas. Simon, que antes de escribir ficción fue cronista de sucesos, dijo: "Ya no hay reglas de juego limpio. Los policías de Baltimore se han olvidado de cómo distinguir entre el sospechoso de un delito y aquel que simplemente pasaba por allí".

¿Quiere saber la verdad sobre el narcotráfico? No lea esos amaños informes de la DEA que reproducen los medios de comunicación adocenados; lea a Don Winslow. Empiece con *El poder del perro*, una novela coral y feroz sobre la narcoguerra que se libra en la frontera entre México y Estados Unidos. Allí se enterará de que policías, políticos y empresarios respetables de uno y otro lado del Río Grande le sacan al negocio tanta tajada como los malos que aparecen de frente y de perfil en los periódicos. Y siga con *Salvajés* y *Los reyes de lo cool*, que cuentan las andanzas de los cultivadores californianos de marihuana Ben y Chon, sus relaciones con la bella Ophelia y sus peleas con los mexicanos.

Winslow es un buen exponente de esa rama dura de la actual novela negra esta-

Lonnie Morgan se lo explica a Marlowe: "Los periódicos son propiedad de gente rica, y todos los ricos pertenecen al mismo club. Sí, claro, hay competencia, una dura competencia, por la difusión, por noticias potentes, por historias en exclusiva. Pero siempre y cuando ello no dañe el prestigio y la posición de los propietarios. Si lo hace, entonces es cuando aparece la tapadera".

Siempre ha habido "tapaderas" en su periódico favorito, aunque usted no se diera cuenta. Sus grandes anunciantes jamás fueron presentados allí con la crudeza con la que se presentaba, por ejemplo, a los componentes de un piquete de huelga. Pero sí, tiene usted razón, ha ido a peor en los últimos tiempos. Ahora los bancos son, directamente, los dueños y las redacciones se han vaciado de gente crítica. Michael Connelly, periodista, describe en *La oscuridad de los sueños* cómo Los Angeles Times se desprende de veteranos reporteros por la sencilla razón de que salen caros y son protestones. Los sustituyen por chavales que no despegan la mirada de las pantallas, cobran cuatro perras y no se atreven, los pobres, a decir ni mu.

Los eufemismos pierden poder narcotizante con el capitalismo salvaje. La realidad es demasiado cruda y quien mejor la cuenta es la novela negra. ♦